

✻ Juan Horaleda y Esteban ✻

MIS
VIAJES



PRIMERA PARTE

ESPAÑA Y MEDIODÍA DE FRANCIA

(*Artículos publicados en el periódico de Cuenca .
LA ESTRELLA, en 1891.*)



TOLEDO
IMPRESA DE LARA
1896

MIS VIAJES

✻ Juan Horaleda y Esteban ✻

MIS
VIAJES



PRIMERA PARTE

ESPAÑA Y MEDIODÍA DE FRANCIA

*(Artículos publicados en el periódico de Cuenca
LA ESTRELLA, en 1891.)*



TOLEDO
IMPRESA DE LARA
1896

Es propiedad.



Al lector.

A nadie importan y, aun así, enseñarán algo al lector. Ese algo que se aprende rodando por el mundo; ese algo que sin pasar trabajos no se aprende, y que graba impresiones indelebles en nuestra inteligencia.

Sólo por esto apunto MIS VIAJES, que recrearán un tanto al curioso.



MIS VIAJES

I.

NINGUNO es profeta en su patria», dijo el mismo Salvador cuando por entre los hombres andaba, y esta sentencia cúmplese sin excepción en todos los mortales.

Cuentan los que nacer me vieron en 1857, que á poco de pisar el dintel de este valle finito, fui trasplantado en unión suya, desde la tierra en que nació como yo, Blanca, la casta esposa de García del Castañar, á la siempre grande ciudad de Toledo; y ciertamente, cuando me he po-

dilo dar cuenta de que existo, he observado que me rodean ennegrecidos y almenados muros, altas torres mudéjares, suntuosos edificios góticos; en fin, he comprendido que habitaba en una envidiada ciudad, y no entre toscos paredones y señoriales palacios abandonados por sus linajudos poseedores.

¡Tan niño y ya viajaba!... ¡viajaba en busca de sustento!...

¡Sin duda quería Dios que visitara su obra en puntos distintos, para poder con más facilidad, ayudado del catecismo del P. Ripalda, no llegar á conocerle sino lograr admirarle, al par que poner á prueba mi tierno corazón!... ¡Viajar!... Esta era la frase que con placer balbuceaba, cuando comencé á pronunciar el lenguaje castellano: ¿y cómo no, si al herir mis débiles retinas los rutilantes rayos del sol, ya peregrinaba por la haz de la tierra?...

Cumpliendo con las leyes generales de la creación, crecí y abrigaba el mismo ideal. Mi alma se henchía de gozo sólo al

sentir cruzar por mi pobre cerebro la idea de hacer viajes, y al considerar mi entusiasmo por éstos, recordáronme la cuarta siguiente del P. Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
Más río que el de su patria,
Y duerme, anciano, á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

Yo, sin poderme contener, improvisé la expuesta á continuación, antítesis de la precedente:

¡Dichoso el que cruza el mundo
Y torna sano á su patria,
Y en ella pierde el cabello
Y á Dios encomienda su alma!

¡Deseaba hacer viajes y la fortuna veleídosa, ya que me había fascinado con tan feliz ilusión, me prohibía ejecutar mis proyectos!... ¡mis padres eran pobres! ¡tan pobres que por eso dejaron su pueblo natal y vinieron en busca de vida para ellos y sus hijos, mis hermanos, á esta hidalga población! y la encontraron.

Transcurrido algún tiempo ya, mi familia, no sin sufrimiento, podía permitirse dar á mi hermano mayor la carrera de sacerdote, y á mí, con los ahorros de todos reunidos, costearme el *Grado de Bachiller*, que por fin llegué á tomar en este Instituto, encontrándome á los 16 años, en 1873, hecho un señor *Bachiller* sin saber *en qué*, puesto que las leyes de aquella época no permitían poner en nuestros *títulos* más que lo dicho. (1)

Entre tanto que iba cursando las asignaturas necesarias para optar al mencionado *título*, con mis amigos, los acólitos de algunas parroquias, descoso de ver y aprender, por las tardes alzaba las losas de los enterramientos del convento de Santa Isabel de los Reyes, de San Juan de los Reyes también, y abríamos un trozo

(1) Con el sueldo de mi padre, dedicado á su oficio de *carpintero* en un principio, después empleado del *Muni- cipio*, y últimamente de *Fiel de carnes*, más el sueldo de mi hermano como *acólito* de la Catedral, luego *Lector-incensario*, y *Sacristán* más tarde ya *Sacerdote*, hicimos frente á nuestras necesidades.

de tabique en San Román y otros templos, para admirar, en uno magnates hechos polvo, en otro frailes acartonados, y otras momias completas, con algunos vestidos de los siglos XII y XIII, verdaderos modelos de la indumentaria de aquella edad — en la última parroquia—. Otras, las empleábamos en visitar los reductos, adarves y almenas de los castillos, torres y murallas de la ciudad, testigos mudos de proezas sin cuento, adornados hoy de trepadoras engendradas por gérmenes que allí depositó el viento; en fin, sin perder ocasión ni momento, fuimos recorriendo edificios, torres, subterráneos y cuanto más ó menos recóndito encierra la ciudad de los Godos.

De esta suerte, ocupado sin cesar, fui lanzando de mi alma la nostalgia propia del que por naturaleza desea divisar extensos y nuevos horizontes.

Terminados mis estudios en esta ciudad, era preciso matricularme en la corte para seguir mi carrera predilecta: *la Me-*

dicina. Con este motivo comencé mis reducidos viajes. ¡Cuántos recuerdos de aquellos felices días guarda mi alma!

Prosigue, lector carísimo, prosigue leyendo, en gracia siquiera de los datos transcritos de cuanto he tenido la suerte de ver.

II.

Las grandezas arqueológicas é históricas de la ciudad en que me crié, hicieron que deseara con más vehemencia recorrer varias comarcas, teatros de imperecederos recuerdos religiosos y nacionales, como también algún trozo de país extranjero.

Aprovechando las vacaciones é imitando en parte á los antiguos escolares de Salamanca, Alcalá y Toledo, después de conocer á Madrid con sus intrigas, tradiciones, leyendas, episodios gloriosos, museos, costumbres buenas y malas y otras particularidades conocidas de todo

el mundo, por lo cual no las cito, hacía expediciones invirtiendo mis ahorros, bien en éstas, bien adquiriendo monedas de colonias y municipios romanos, de Reyes de Castilla y otros reinos, cosa que me valió entre mis condiscipulos el sobrenombre de *excéntrico* y *raro*, porque no los empleaba como ellos en frecuentar bailes y cafés, ni en cortejar damas más corridas que ladrones.

En el año 1874 fui á visitar desde Toledo los castillos de Almonacid, Mora y Orgaz, que tan nombrados son por sus nobles poseedores y por los acontecimientos que cerca de ellos tuvieron lugar en todas las épocas. En el último pueblo citado, cuna de mis progenitores y mía, visité primeramente la iglesia de Santiago, y allí oré por mi infortunado abuelo materno Manuel Esteban, así como por sus compañeros, defensores todos de la reina doña Isabel II. En memoria de la hecatombe en que aquéllos finaron, la *noble é ilustre villa*, el Ayuntamiento, en

su salón de sesiones, tiene colocado un cuadro en cobre, con los nombres de sus desgraciados hijos, rodeados por una corona de siemprevivas. ¡Descansen en paz!

También tuve ocasión de ver la *casa de la cadena*, en que se hospedó y esperó á su hijo don Fernando III el Santo, la reina de Castilla doña Blanca, y la iglesia mudéjar de San Andrés, sita en el centro de la villa, cerca de la suntuosa iglesia de estilo barroco-español, sin rival en aquellos contornos.

Las *tradiciones* más notables de Orgaz son: la del *Cristo del Olvido*, que dijo al dueño de la casa en que estaba: *¡qué olvidado me tenéis!*; la de la *Virgen del Socorro*, que según el canto popular *fué aparecida, que la trajo un arriero de Andalucía*; el *Angel de Orgaz*, oficial del ejército que, entrando en la villa en 25 de Febrero de 1839, mandó tocar á degüello, evitando que *los Palillos* asesinaran é incendiaran más vecinos y edificios que los ya ejecutados á su antojo.

Las *leyendas*, son: *La Mora Encantada* del Torrejón, al que temen los vecinos aproximarse para no ser embrujados por la que creen aún presa por su padre, por convertirse al catolicismo. *La Fantasma del Castillo*, promovedora de ruidos extraordinarios que á veces se notan en el castillo de los Condes, desde la resistencia hecha á las huestes de Carlos I.

En dicho año 74, recordando haber visto demoler en otro anterior *El Artificio de Juanelo*, de Toledo, para edificar sobre sus cimientos la fábrica en que había de colocarse la nueva *turbina* que hoy surte con las aguas del Tajo la ciudad, estudié medios y di trazas de ir á ver los *Postes de Juanelo*, (1) abandonados á la intemperie junto al pueblo de Nambroca, en medio de un antiguo camino: postes

(1) De ellos me ocupó en mi folleto de *Cantares populares de Toledo*, pues uno de éstos los menciona así:

“ Los postes de Juanelo
Ya van andando.
Y llegarán al sitio
Dios sabe cuándo. ”

de granito, circulares, conocidos por sus dimensiones y solidez en todos los países.

Al año siguiente, ya en vísperas de examinarme y con el fin de distraer la preocupada imaginación, aprovechando los trenes de recreo que desde Madrid salen para el Escorial los domingos, tomé en uno de éstos, billete para ir á contemplar esa maravilla de piedra mandada labrar por aquel monarca de sentimientos juzgados con harta pasión. El sacristán mayor me sirvió de *cicerone*, y él me guió por el magnífico palacio diciéndome de vez en cuando: *estos tapices no los hay en Toledo*, á lo que yo contestaba con irónica sonrisa: *éstos no, pero parecidos, si no mejores, sí*. Pasamos después á una habitación donde se guarda la silla en que se sentaba el rey Felipe II, y ví sobre la puerta un verso que decía:

En este estrechó recinto
Murió Felipe Segundo,
Siéndole pequeño el mundo
Al hijo de Carlos Quinto.

Fué tan alto su vivir
Que sólo en alma vivía,
Pues cuerpo apenas tenía
Cuando acabó de morir.

Allí ví la farola de la capitana Turca, tomada en Lepanto, la enorme biblioteca, llena de hijos eruditos, de eruditos ingenios, recordándome aquellos volúmenes, artísticamente contruidos, la célebre Biblia en pergamino, con viñetas en colores y oro que existe en Toledo, y el devocionario de doña Juana la Loca, lleno de miniaturas acabadísimas é inapreciables.

Bajamos al templo y quedé admirado al ver tamaña severidad, fiel imagen de la del católico fundador. Sus lienzos, esculturas y frescos son como de mano maestra.

Después de adorar la *Santa Forma* que los zuinglianos pisotearon, y que el emperador Rodolfo II entregó á los comisionados por Felipe II para recibirla, aprovechando la ocasión de hallarse abier-

to el *Panteón Real*, descendimos á él. Es un conjunto de mármoles, jaspes y tarjetones dorados á fuego, que bien merece visitarse.

En su recinto reposan los restos mortales de los reyes de las casas de Austria y Borbón; desde el arrepentido Carlos I, el que en su juventud decapitara á la flor de la nobleza de Castilla, hasta aquél cuyo nombre repetían los españoles con entusiasmo al atacar las huestes del avaro José Bonaparte. (1)

«Hace pocos años (me dijo el sacristán) he visto el cadáver del gran Carlos I. Está desnudo y completo, cubierto en parte con una tela de moderna construcción; su cabeza está calva, salvo algún que otro mechón de pelo; de la barba también tiene vestigios, así como del pelo de su pecho y muslos.»

Sin perder tiempo, pues la hora de

(1) Hoy ya reposan en el mismo las cenizas del joven don Alfonso XII.

tornar á Madrid se aproximaba, salimos al patio y ví con placer los reyes y el Santo, labrados de una misma piedra, como dice un verso:

Seis reyes y un Santo
Salieron de este canto,
Y quedó para otro tanto.

Al salir del edificio y contemplar su conjunto sorprendente, refirióme el ya citado sacristán la tradición del *Perro Negro del Monasterio*. Aquel animal, cuentan los viejos del pueblo, que, cuando se estaba construyendo el edificio, aparecía de noche sobre los andamios, corriéndolos en todas direcciones como centinela experto, para evitar desastres en las obras.

Cuando éstas terminaron desapareció el can, y se asegura que siempre que ocurre alguna desgracia en el Monasterio, aparece por puertas y ventanas cual espectro misterioso.

No falta quien con calenturienta imaginación diga que es el alma del funda-

dor, vestida de fiera, que husmea de continuo su obra monumental para dar aviso á los vivientes de cuanto acaecer pueda en la misma.

Despedíme de aquella suntuosa maravilla con propósito de volver á su recinto, y en unión del guía marché á la *casita del Príncipe*, casita propiedad del real Patrimonio, museo de pintura, escultura, cerámica y otras bellezas más, gloria de nuestra patria.

Tomé de nuevo el tren para regresar á la corte y aún el crepúsculo me permitió admirar las pintorescas cercanías del sitio real, que descuella entre cumbres altivas cual morada de aves previsoras. Desde el tren en marcha, ayudado de gemelos de campo, divisé en el cerro que domina la *Octava maravilla del mundo* el lugar en que está la silla abierta en la piedra, donde el rey de ambos mundos subía para inspeccionar las obras.

La velocidad del mónstruo de nuestro siglo cruzando puentes y desmontes, y

la noche, por fin, me privaron de contemplar por más tiempo tan bello panorama.

III.

El año 1877, en el que por fortuna ó desgracia era quinto por Toledo, con el número 46 del sorteo, no creyó prudente mi familia dejarme ingresar en las filas del ejército nacional, y bien que lo sentí por cierto; redimiéronme por la cantidad de 8.000 reales y, como quinto, me examiné en Mayo en la Universidad y en el colegio de San Carlos, ganando todas las asignaturas que cursaba.

En el mes de Julio, con objeto de tomar baños por prescripción facultativa, acompañado de mi padre y hermana, partí desde mi residencia habitual con dirección á Alicante, antiguo puerto y playa deliciosa, cruzando antes los llanos de la tierra de don Quijote y Sancho, y luego Albacete, la de las temibles nava-

jas, y la ciudad de Almansa, célebre por la batalla que allí tuvo lugar en la guerra nominada de Sucesión, y que decidió el triunfo de las huestes de Felipe V sobre las del pretendiente Carlos de Austria. La bandera de la proclamación del primer vástago de la casa de Borbón, se conserva expuesta al público de continuo en la Catedral de Toledo.

Al cruzar por entre las estaciones de Tembleque y Villacañas, y divisar á lo lejos el pueblo de La Guardia, vínome á la imaginación la horripilante tragedia que en su comarca tuvo lugar en el siglo XV: la crucifixión del *Niño de la Guardia*.

El nombre del niño era Cristóbal Pasamontes y Laguindera; había nacido en Toledo, en la casa que lleva su nombre, contigua á la parroquial de San Andrés.

Mientras meditaba mi inteligencia el espantable drama antes citado, con velocidad desusada entraba el tren en que íbamos en el reino de Valencia. Por todas partes que dirigíamos nuestra vista,

hallábamos extensas vegas cubiertas de muelle verdura y follaje delicioso, alternando con altos cerros, inaccesibles por algunos sitios, abigarrados como el arco iris, y sobre los que se destacan viejos castillos, maltrechos por las injurias de los años, reliquias de la época romana y señorial en nuestra patria.

De vez en cuando veíamos, casi á vista de pájaro, algún pueblecito dominado por las torres de sus templos católicos, terminadas, no como por Castilla, con alcuzones más ó menos agudos, sino por pequeños terrados con barandillas de piedra.

A poco de llegar á Alicante y habernos hospedado, en unión de un guía nos dirigimos al puerto, obra recientemente concluída, y modelo, aunque reducido, de este género de construcciones. En una pequeña lancha nos empaquetamos guía, marineros y nosotros, saliendo del puerto á dar un paseo hasta aproximar-nos á la isla de Tabarca. Era la vez primera que me mecía en las olas del mar.

¡Qué de impresiones; qué de ideas fascinadoras!

Los días siguientes los empleamos en ver cuanto allí existe digno de visitarse. Agradóme en extremo la iglesia de Santa María, de estilo gótico, pareciéndome por su situación, á vista del mar, cuyas olas humedecen sus cristales, puerta simbólica del paraíso, puerto inefable del bien, colocado por el Hacedor en el arenoso borde del soberbio Mediterráneo, mar grande como le nominaban los antiguos.

Hízome recordar aquel pintoresco paisaje á la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo, cuyas esbeltas agujas y recios muros bate el viento y retrata en sus olas el Tajo.

Mi inseparable guía me llamó la atención para contemplar, soterradas en la mitad del cerro, donde se halla situado el castillo de Santa Bárbara, las enormes piedras desgajadas de unos riscos por proyectiles lanzados desde la fragata que dió la primera vuelta al mundo, *La Nu-*

mancia, cuando en 1873 se apoderaron de ella los cantonales.

En la Colegiata de la misma capital vi con detenimiento los relieves de la capilla de la Comunión, con sus esculturas churriguerescas, parecidos á los del Transparente de la Catedral de Toledo, así como algunas reliquias de importancia.

Sabedor de que á dos leguas de la capital, en el pueblecito nominado *Santa Faz*, se conservaba en un monasterio de religiosas un lienzo con el *Divino Rostro del Salvador*, sin dilación nos trasladamos, familia y guía, al mencionado lugarcito, con el fin de adorar tan singular reliquia.

Hállase depositada en un camarín cuyas paredes cubren lienzos de algun mérito, y se expone á la adoración por el capellán de la expresada comunidad religiosa.

Tanto me impresionó en este viaje el mar, visto al correr la costa, con sus encantos, y la campiña feraz y alegre en alto grado, que hice propósito de visitar algunos puertos más de nuestra nación,

tornando al de Alicante el año 1878, por encontrar en condiciones higiénicas y morales, sobre todo, sus establecimientos balnearios.

Consisten éstos en cuartos reducidos, que sostienen columnas de hierro, y que sirven para desnudarse y vestirse, desde los cuales se baja al mar por una escalera de tabla, pudiendo estar aislado del resto de los bañistas, si se quiere, pues el perímetro de la casita antedicha está rodeado de esteras que llegan al agua. A estas bien construidas habitaciones se llega por medio de largo puente, formado desde el borde de la playa, adornado con gallardetes y en forma de corredor.

IV.

En 1879, reunidos en Madrid 32 estudiantes de diversas facultades, ideamos organizar una estudiantina para salir al extranjero, con el fin de crear un perió-

dico científico y estrechar por este medio la unión entre los escolares de la raza latina.

Llevado á efecto nuestro pensamiento, comenzamos por las noches los ensayos, formando la orquesta doce guitarras, seis flautas, tres violines, tres bandurrias, seis panderas, unos hierritos y el director de la misma.

Cuando hubimos ensayado nuestro repertorio (compuesto de aires nacionales) repartimos tarjetas de invitación á los Monarcas, Infantes y magnates de la corte, que aceptaron nuestras serenatas, obsequiándonos unos y otros, y aun la prensa, con distinciones inmerecidas y hasta con donativos en metálico, merced á los cuales nos pusimos en marcha para Zaragoza en vísperas de Carnaval, bajo el título de *La Estudiantina Escolar Española*, vistiendo todos de *tuna*. La compañía del ferrocarril nos hizo la gracia de viajar á mitad de precio.

Dos días estuvimos en la invicta ciu-

dad del célebre *Tío Jorge*, recibiendo obsequios y muestras innumerables de cariño de los zaragozanos.

En casinos, teatros y donde quiera que hicimos sonar los aires nacionales, era de ver cómo se apiñaban multitud de espectadores.

Los escolares se adhirieron á nuestra idea de fundar el órgano de la *Unión latina escolar*.

El domingo de Carnaval partimos en dirección á Barcelona, en el tren, después de visitar El Pilar, La Seo, la hermosa torre inclinada y demás notabilidades, entre las que merecen mencionarse la colección de reyes de Aragón, en lienzo, que conserva el lujoso casino. (1)

Los estudiantes de la ciudad condal, nos recibieron afectuosos en la estación del ferrocarril.

(1) Es tradición entre los zaragozanos que el *pilar* en que descansa la imagen veneranda, objeto de universal devoción, es el trozo de una columna de la casa de Caifás, donde nuestro Señor Jesucristo se apoyara.

Cuanto queda apuntado de Zaragoza podemos repetir de Barcelona.

En ratos de ocio visitamos la espaciosa Universidad y su filigranado salón de actos públicos, recuerdo del salón de los Abencerrajes de la Alhambra de Granada; la bonita Catedral gótica; la iglesia de Santa María del Mar, comenzada á construir en 1328, y otras preciosidades.

Una noche, después de terminar el concierto verificado en el teatro del Liceo, fuimos invitados por el capitán del barco mercante titulado *Colón*, para que fuésemos á bordo en aquella hora (una de la madrugada) á tomar en compañía de la tripulación unas anchoas.

Aceptado el convite, nos encaminamos todos los individuos de la estudiantina hacia el puerto.

En botes diversos nos trasladamos al buque mencionado, en el que se verificó la improvisada *merienda*, rodeados de condiciones encantadoras: la soledad y oscuridad de la noche, el vaivén gruñón

de los barcos y amarras, la luz débil de la luna y las luces de los barcos vecinos... ¡qué hermoso conjunto! De vez en cuando resonaba en el espacio el eco de los aires nacionales que nosotros ejecutábamos y que al final aplaudía la soñolienta pléyade de marinos que al oír tan grato y armonioso concierto subían á las cubiertas de sus respectivas embarcaciones para mejor sentirle.

En estas y otras fiestas semejantes pasamos unos días, y el 2 de Marzo, si la memoria no me es infiel, nos embarcamos en el vapor *Andalucía*, que había de conducirnos á Marsella.

Hicímonos á la vela á las doce de la noche, al sonar el reloj del empinado y temible castillo de Monjuich, virando en redondo, entre el espantable ruido de las máquinas y el lento crugir de las cadenas que levaban sus anclas.

La mayoría de los estudiantes pasamos la noche sobre cubierta, al lado del timonero que, atento á las pitadas del

contramaestre, hacía virar el vapor en direcciones opuestas, según convenía. Parecían aquella cruda noche hombres de hielo cuantos maniobraban en aquel lugar; relevándose, hacían servicio envueltos en sus gruesos gabanes y cubiertas sus manos por guantes de lanuda piel.

Las olas se encrespaban sin cesar, al sentir la quilla del buque, dejándonos una vía franqueable y viniendo luego á besar las bandas, como diciéndonos ¡buen viaje!

Amaneció el día 3 y fuimos visitando los bonitos puertos de San Feliú de Guisóls, Palamós y Portvendres, haciendo escala en los primeros, no sin dirigir una mirada afectuosa hacia la *Masa de oro*, isleta que se alza al pie del cabo de Creus, y en la que parece que la naturaleza ha puesto un león de guardia para que vigile nuestras aguas.

Al pasar por este sitio comenzamos á ejecutar la barcarola de los *Sobrinos del Capitán Grant*, á vista de la tripulación,

pieza que todos entusiasmados cantamos, como en son de recuerdo y despedida á España, cuya tierra y aguas dejábamos allí atrás.

Al finalizar la citada pieza, todos dimos un ¡adiós! y un ¡viva! á nuestra patria.

A poco entramos á navegar por el Golfo de León.

El capitán del barco dió órdenes para estar alerta, porque el *mar de fondo*, como los marineros dicen, comenzaba á hacernos perder el equilibrio inclinando de babor á estribor el buque.

Cambiando la peseta, según la frase de la gente de mar y acordándonos cada uno de los Santos de su devoción, pasamos el día sin ver más que cielo y agua, y muy en lontananza, á veces, la costa francesa, baja y nada pintoresca.

Vino la noche y entonces nos manifestó el capitán que todo cuidado se había desvanecido, pero á cambio de navegar poco; y por tanto, que debiendo haber

saltado á tierra aquella noche, tendríamos que resignarnos á ir ganando poco á poco millas hasta el día siguiente en que llegaríamos á la vista de Marsella.

Así fué, en efecto.

Pasamos la segunda noche como la primera y al día tercero ya divisamos el agua blanquecina del Ródano, y después la Basílica de Notre Dame de la Garde, el palacio de Napoleón y las torres de la nueva Catedral de Marsella, en cuya población, sin novedad, arribamos á las tres de la tarde.

Los escolares franceses, al vernos llegar, prorrumpieron en vivas á España y á la estudiantina, á los que contestamos con vivas á la Francia, á la República francesa y á los escolares marseleses.

No dieron lugar los escolares de la antigua Galia á que saltáramos á tierra para saludarlos, pues tomaron botes y vinieron á nuestro vapor, estrechándonos con efusión y admirándose al par de que en España se comenzara á estudiar

facultad mayor tan jóvenes, pues todos nosotros éramos de diez y nueve á veintidos años, y ellos hombres ya de treinta.

Despedímonos de la tripulación y saltamos á tierra, siendo rodeados por multitud de escolares franceses, cambiando de nuevo los saludos de ordenanza.

Nos hospedamos en el *Hotel de Castilla* y de *Luxemburgo*, donde no cesábamos de recibir visitas de compatriotas y extranjeros.

El tiempo que teníamos sobrante de ensayos y conciertos lo distribuíamos en visitar escuelas de pintura, medicina, farmacia, museos, hospitales y castillo de aguas, etc.; los que éramos más curiosos y aficionados á visitar templos, tuvimos ocasión de admirar algunos bellísimos, como la iglesia, si mal no recuerdo, de San Carlos, llena de ricas esculturas y de frescos de valor; la recientemente construída por la Asociación de San Vicente de Paul, de estilo gótico, semejante á nuestras filigranadas Catedrales, así en su arquitec-

tura como en sus vidrieras artísticas; la nueva Catedral, situada cerca del puerto, y otras no menos notables.

Entre obsequios de Cónsules y estudiantes, pasamos ocho días, transcurridos los cuales partió la estudiantina para Niza, llevando gratos r euerdos de los marseleses sin distincion, y con especialidad de los escolares que aceptaron el pensamiento de crear el peri odico destinado á unir cientificamente la raza latina.

El autor de estos recuerdos, en vista de que habian ya transcurrido los días que debiamos estar fuera de España (según contrato firmado en Madrid antes de nuestra partida) y que se dilataba la vuelta, por evitar la pérdida de asistencia   las aulas, con permiso de la estudiantina y del Sr. Marqués de González, Cónsul de España en aquella ciudad, determinó regresar   la madre patria; ejemplo que siguió D. Cipriano Sánchez y Jiménez, hoy Médico Cirujano, natural de Mora (Toledo), individuo también de aquella

estudiantina, haciendo la travesía en 22 horas, en el vapor *Vargas*.

V.

Habiendo llegado á Barcelona nuevamente, tomando el tren de Valencia, visité la ciudad de Tarragona, su museo y Catedral, sus murallas ciclópeas y la Torre de los Escipiones, situada á una legua, de la ciudad; el Arco Triunfal de Bará, más distante que expresada Torre, sin olvidar el Acueducto romano; luego Castellón de la Plana, sencilla y bonita población con Catedral gótica del siglo XV, hoy parroquia, el museo y la inmortal *Saguntum* con su teatro romano y sus ruinosos fuertes.

Continuando en dirección descendente, cruzando desiertos de palmeras, vegas de hermosos arrozales poblados de chozos que los naturales nominan *barracas*, divisé pronto la ciudad del Turia, llana,

dilatada y exornada con magnificencia.

Visité sus monumentos notables, presencié los preparativos de las *Fallas de San José*, fiesta peculiar del país, y tuve la honra de ser recibido por el Emmo. Señor Cardenal Monescillo, tan toledano como yo por no decir más.

Bebí el agua del milagroso pozo de la casa del *Pare San Visent*, como los valencianos dicen; ví las reliquias que en la Catedral se custodian y quedé admirado de la sencillez del *Cáliz de la consagración de Jesucristo*, de ágata, y del gusto con que se le ha revestido de ostentosa pedrería.

Diéronmele á besar y holguéme de ello.

Una moneda hebrea, de las *treinta* de Judas, tuve el gusto de examinar también, conservada en tan hermoso relicario.

Lo último que visité fué Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de la ciudad: antigua escultura de gran veneración que en sus manos empuña el bastón que S. M. el rey don Alfonso XII la

regalara á su paso por tan respetable capital.

La capilla en que la imagen se venera es suntuosa y adornada con riqueza y gusto.

Desde la ciudad del Cid me encaminé á Toledo, visitando al paso Alcira, San Felipe de Játiva y Carcagente, poblaciones en que adquirí algunas monedas valencianas, de monarcas de la Casa de Austria.

De Carcagente dicese un refrán denigrante que copio: *Carcagente, buenos hijos, pero mala gente.*

Los naturales contestan: *Quien lo dice miente: si buenos son los hijos, es mejor la gente.*

Cuando llegué á la estación de Castillejo halléme con mi buen padre.

—¿Traes dinero?— me dijo, después de abrazarnos.

—¡Veinte reales en una pieza! le contesté.

Háse dicho—me replicó,—que vuestra

estudiantina camina en malas condiciones y que llevabais hambre.

—No es cierto—observé—cada concierto que la estudiantina ha dado, ha valido, cuando menos, ocho ó diez mil reales y estas sumas se invertían en pagar viajes, alimentos y ropas.

—¿Cómo te vuelves?—me interrogó.

—Me vuelvo, le dije, porque la estudiantina camina hacia Roma y tardará en volver á España, y como al partir de Madrid, nuestro propósito fué ir á Alemania y después á Roma, pero no con la lentitud que la *tuna* lo verifica, por esto y por no abandonar las aulas tanto tiempo me vuelvo.

En parecidos diálogos llegamos á Toledo, y al llegar á la casa paterna, la pobre hermana—que ayudó á criarme—abrazóse á mí llorando; el hermano sacerdote me miraba extático, y mi anciana madre, con tono agrídulo y mirada entre irónica y maternal, me dijo: *Estás aquí ya?..*

¡Como que sin permiso de mis padres

tomé la guitarra y la capa, y encomendándome á la Virgen del Sagrario, patrona de Toledo, partí sin saber á dónde, hasta que lo fui viendo! ¡Cosas de la edad! como dice Campoamor.

La comida de aquel día fué como la del hijo pródigo: todo era poco para el muchacho que tal locura hubo cometido.

Al siguiente, San Gabriel Arcángel, santo y cumpleaños de la anciana madre, ya se habían borrado las huellas de disgusto por mi marcha incógnita, aun cuando no se habían olvidado las lágrimas vertidas, sobre todo, aquéllas que rodaron de los ojos cuando por telégrafo supieron que en una embarcación cruzaba un trozo de mar.

Vino pronto la Semana Santa, y ella hizo trocar en placer el dolor pasado, sabiendo la familia toda con detalles nimios cuanto durante el viaje ocurriera, celebrando con los amigos las peripecias originales que sólo á estudiantes suelen ocurrir.

VI.

Terminado el curso académico de 1878 á 79, y ya que me hube examinado de las asignaturas estudiadas, regresé á Toledo, no sin repetir mis excursiones al Real Sitio del Escorial, deseoso de respirar el aire salutar de su campiña, particularmente del frondoso *Castañar*, bosque lleno de poesía y melancólica hermosura. Detrás de cada árbol creía tropezar con la figura interesante del monarca fundador, ó del lego Fray Antonio de Villacastín, perito en el arte de edificar, que en unión de Juan Bautista de Herrera dirigió la construcción de tamaña maravilla.

El primer tercio de aquel estío le destiné á escudriñar subterráneos.

Los primeros fueron los del palacio del marqués de Villena, aquel brujo que, dueño de secretos pertenecientes á la química, supo admirar y enloquecer á sus coetáneos.

Gruesos murallones de mampostería y airosas bóvedas de fino ladrillo los constituyen, y se descende á ellos por abertura practicada en una clave, gracias á la inventiva de artistas en miniatura.

Los segundos, unas hoquedades existentes en los peñascos del derrumbadero próximo al que fué palacio de Villena, al lado del *Jardín de la Roca Tarpeya*.

No merecen estas hoquedades el título de *gruta* por sus escasas dimensiones; no obstante, se invierte largo rato en penetrar en ellas, por ser una espiral de difícil acceso, con toscas paredes de granito. Al zahundirse en la abertura visible, parece que descende el individuo por una bocamina. Dentro de ella sólo hay alguna cristalización insignificante y restos de aves.

A estos dos subterráneos acudí repetidas ocasiones, como incitado por hada de belleza superlativa, para escuchar en tierno coloquio leyendas arrobadoras. Parecíame, en el pleno uso de mi inteligencia, estar en severo palacio de lujosos

salones y galerías, iluminados por cegadores rayos de luces mágicas.

Cuando más entusiasmado estaba con mis visitas á semejantes antros, sorprendiome la noticia de que en breve tomaríamos el tren—valga la frase—para dirigirnos á Valencia nuevamente, con propósito de bañarnos en su playa.

A mediados de Julio realizóse el proyectado viaje con inenarrable contentamiento por parte mía; la madre cariñosa y los tres hermanos ingresamos en la ciudad, defendida un tiempo bajo las órdenes de la viuda del Cid, la orgaceña doña Gimena, siendo entonces yo mismo el *cicerone* de la familia por conocer ya la capital, aunque incompletamente.

Instalámonos en el barrio nominado Cañamelar, en una bonita casa de la anchurosa calle de San Fernando, teniendo cerca el tranvía, en el que en horas cómodas subíamos á la ciudad cruzando el Grao.

El tiempo que los baños nos dejaban

libres, visitamos el templo catedral, bonito, edificado en el lugar que los romanos dedicaron otro á la diosa Diana y en el mismo sitio que los árabes valencianos tuvieron su mezquita; su esbelto *Miguelite*, construído desde 1381 á 1525; las hermosas campanas en él instaladas; las fábricas de tejidos hornamentales para los templos; las colecciones numismáticas de los inteligentes aficionados; el Temple; la Lonja con sus columnas en graciosa espiral y la notable exposición regional en su recinto reunida; la capilla de la Virgen de los Desamparados; las iglesias del Colegio de Corpus Christi, el Hospital, los Santos Juanes, San Martín y las capillas de los Reyes en Santo Domingo; el Museo provincial; el Seminario y palacio Arzobispal; las puertas de Cuarte y Serranos; la casa y pozo del Santo Vicente Ferrer. Con el fin de que mi buen padre probara el agua del pozo inagotable donde el Santo naciera, llenamos una vasija de cristal, y bien lacrada la con-

servamos en nuestro modesto equipaje; la fe nos indujo á procurar este remedio para ver de aliviar al autor de mis días dolorosa dolencia.

Ya que de los establecimientos balnearios de Alicante consigné mi parecer, debo decir algo de los de Valencia.

Son todos capaces, sólidos, aseados y dotados de los enseres precisos para el bañista: no obstante, dejan que desear.

Hállanse sobre la playa contruidos, próximos á la orilla del Mediterráneo, y con departamentos aislados para cada sexo.

Esta precaución es incompleta, pues de nada sirve la separación de sexos cuando varones y hembras han de salir á la playa y cruzarla desnudos, hechos á veces completos mamarrachos, hasta remojarse los pies, y progresivamente el resto del cuerpo. La salida á la playa es antihigiénica é indecorosa y debe remediarse: aviso á quien corresponda... y basta de baños.

Uno de los días que desde nuestra morada subimos en el tranvía á la población, llegamos á la catedral y hallámosla cuajada de católicos; era domingo y el Arzobispo Sr. Monescillo estaba predicando. Cada día que sube al púlpito es un acontecimiento; vímosle, y acompañados por uno de sus familiares, hijo del toledano Seminario de San Ildefonso, señor Villegas (D. Mariano), examinamos con detenimiento las reliquias en la metrópoli conservadas, entre las en otro lugar dichas, uno de los inocentes niños sacrificados por Herodes.

Otro día, guiados por muchedumbre considerable, llegamos á la *Alameda*, hermoso paseo de vasta extensión, poblado de lujosos pabellones, vistosas hiladas de bombas para iluminación á la veneciana, casetas sin cuento de juguetes infantiles; era la FERIA, de indescriptible animación, en la que confundidos en amigable consorcio paseaban el madrileño y el valenciano, el catalán y el andaluz, el

americano y el hijo de las penínsulas del polo Norte.

Para formarse idea de la Feria de Valencia, es preciso verla; asistir á los bailes de sus pabellones, oír las serenatas de sus bandas de música, ver los fuegos de artificio y los trajes propios del país, y gozar del embriagador aroma de sus justamente admiradas flores.

Fatigados por tanta y tan amena distracción, deseábamos regresar á la vida tranquila de Toledo, pues como dice Rojas en su *García del Castañar* «*viviese aquí más despacio*». No habíamos descansado más que los momentos precisos para tomar los baños; así, que nuestra despedida á la ciudad de las flores, llegado el día de la vuelta á Castilla, fué obra de minutos, los invertidos en pedir protección para el viaje á la Virgen de los Desamparados.

Ya en el coche del tren, conversando con los paisanos de los festejos habidos durante nuestra estancia, nos sorprendió el que uno de los más conocidos en Toledo

por su posición social, dijo con aire grave haciéndose oír: ¡Bien dignos de imitarse son los festejos populares de la ciudad del rey don Jaime I!

Todos á una prestamos asentimiento á su observación, y como el ruido del tren en marcha dificultara los diálogos y el rendimiento se impusiera, nos dormimos todos, aún de día, por largo rato.

Sin interesarnos en nada el camino que recorriamos, por sernos ya familiar, fuimos en el transcurso de las horas pasando la noche á dormivela, y aproximándonos al término de la jornada, que hacía sin esfuerzo alguno la poderosa locomóvil.

Al cruzar por los llanos de la Mancha recordé el cantar que dice:

« Aunque soy de la Mancha
No mancho á nadie;
¡Más de cuatro quisieran
Tener mi sangre! ».

Llegados á Toledo y descansados del reproductivo paseo, pues á cambio de al-

gunas monedas se vivificó nuestro orga-
nismõ, emprendí cortas giras á puebleci-
tos próximos á la capital, en compañía
de un amigo de la niñez, hijo de opulenta
casa, que no ha mucho ha ocupado el si-
llón presidencial del Municipio de la an-
tigua corte.

Cabalgando y trayendo á la memoria
los bailes de sociedad verificados años
antes en los soberbios salones del Alcázar
de Carlos I, divisamos el pequeño lugar
nominado Olías del Rey, y en aquel
momento me interrogó mi amigo sobre
el origen de expresado grupo de vi-
viendas.

Cubrió el rubor mi rostro, por no sa-
ber dar satisfacción á pregunta semejan-
te, y ocurrióme salir por la tangente di-
ciendo: «¿Tú recuerdas lo que de Ataquines
se cuenta?.. pues una cosa parecida
dicen que motivó el nombre del pueblo que
miramos».

En Ataquines refieren que pasando
una reina de Castilla por aquel término,

aflojése una liga, ordenando *statim* á su camarera que remediase el inoportuno accidente diciéndola: *Ata aquí, Inés*, pronunciándolo con rapidez tal, que algunos cortesanos creyeron dijo *Ataquines*, quedando bautizado desde entonces aquel sitio de humildes moradas con mencionado nombre.

Del próximo poblado nos trasmite la tradición que yendo de paso para Madrid un monarca en la Edad Media, no sé si el conquistador de las Navas, hubo de tomar algún alimento en él y la digestión un tanto laboriosa hubo de producir gases, que siguiendo las ordinarias vías eliminadoras, ascendieron al exófago en parte, y descendiendo otra al intestino recto, salió al exterior sin explosión apreciable.

La pestilencia que momentáneamente aspiraron y sintieron todos los que al monarca acompañaban hizo que, mirándose recíprocamente unos á otros, se interrogaran: ¿Olías... del Rey?.. Este hecho

ocasionó, como te he anunciado, el nombre del pueblo en que te hallas, amigo mío, repuse, satisfecho de haber salido del paso. (1)

Recorrimos sin apearnos las calles y plazas desniveladas, deteniéndonos en la plaza Mayor, en la que, según nos refirieron, celebraron entrevista y se juraron amistad el rey don Alfonso VI y el rey moro de Toledo, en prueba de reconocimiento por la hospitalidad que el castellano recibiera del islamita en época anterior.

Visto algún que otro jardín de propiedad particular, bien cuidados todos por cierto, y el hermoso lavadero municipal, cruzando la carretera de Madrid nos encaminamos á Bargas, pueblo laborioso y comercial en grado nada común,

(1) La obra *Toledo y sus Romerías* de Román Hernández dice, que al marchar definitivamente á Madrid Felipe II pasó por Olias, bebió sus aguas y dijo: ¡Adiós Olias!.. ¡Del Rey no podrás decir que no celebró tus aguas!.. Bendígalas Dios, amén.

formado en su mayoría de panaderos y vendedores de frutos de La Vera.

Bargas debió su población á un hecho histórico culminante.

Cuando las falanges sarracenas pusieron el primer cerco á Toledo, existía un barrio en las afueras de la ciudad nominado *barrio de los panaderos*, porque en él habitaban los que surtían de este indispensable artículo á la capital. Esto se dice como muy probable.

Acosados los laboriosos vecinos de aquél por las no interrumpidas asechanzas de los sitiadores, paulatinamente se fueron trasladando al pequeño caserío que luego fué Bargas, dejando arruinarse su antiguo *barrio*.

Los hombres en este pueblo son por lo general fornidos, altos, anchos de pecho y espalda, usan siempre sombrero de ala ancha, con aro en el borde de ésta, redoblado en forma de barandilla, y la copa semeja un cono truncado; chaqueta corta con solapa y bolsillos de forro

rabioso, *justillo* ó chaleco de pana azul, con dorados botones, y pantalón de lo mismo, ó de paño de Sonseca con idem, más el aditamento de enorme campana en la boquilla y *trampa de mesa*; calzado ordinario, y el rostro afeitado siempre del todo.

Las mujeres visten saya gorda, corta, y refajos amarillos y rojos; medias de color azul ó rojo; corpiño ajustado y entallado; pañuelo azul y blanco, ó rojo sandía, de los llamados de talle; pañuelo á la cabeza, blanco solo ó azul y blanco, y una saya vuelta al revés para cubrirse el rostro en invierno—vulgo cobijo—el calzado como el de los hombres, cuando le usan, pues hasta las puertas de Toledo vienen descalzas. Su tocado es sencillo: rodete ó moño grande con agujas doradas.

Todos son enérgicos y decididos: dícese, para expresar su carácter: *Eres más testarón que un bargeño*.

Ellos traen á Toledo pan, huevos, pi-

ñones, castañas, higos y otros artículos.

No pueden oír con calma que se les pregunte *¿qué te tocó de la guarra la campanera?* Este es el mayor insulto para ellos.

En la guerra de la Independencia, los franceses y algún bargueño afrancesado, tomaron —contra la voluntad de su dueño— una cerda de la viuda de un sacristán que, en vida de su marido, tocó las campanas de la iglesia en más de una ocasión, por lo que la apodaron *la campanera*; y descuartizando al animal se le repartieron á su antojo. Desde entonces, para hacer perder los estribos á un bargueño, hácesele mencionada pregunta, y sin tardanza responde con énfasis: *A mí, ná; ¿y á tí... corruto?... Corruto* en su inteligencia equivale á los insultos más depravados del idioma de Cervantes.

Ninguno quiere parte en *la guarra la campanera*.

El pueblo de Bargas es extenso, y no revela más antigüedad que la consignada.

por la tradición. No conserva restos de otras edades. (1)

De sus habitantes recogimos varias monedas antiguas, halladas al mullir y arar las tierras, y regresamos á nuestro domicilio á los tres días.

En otra gira visitamos los dos amigos Guadamur, poblado que conserva notable castillo de la casa de Fuensalida y Ayala, y Polán, lugar de habitantes de tal condición, que un refrán los inmortaliza: *En Polán hasta el barraco tiene voto*, dice.

Por estar próximo á Toledo, una tarde visitamos Nambroca, pueblo que menosprecia el adagio vulgar con el calificativo de *gente vil y poca*.

Dando al cuerpo el reposo necesario,

(1) En la Dehesa del Señor Conde de Estaban, nombrada *El Tributillo*, enclavada en el término municipal de Bargas, se descubrió hace algunos años un subterráneo compuesto de galerías estrechas y largas, abiertas en la tierra dura, en las que se hallaron sepulcros de piedra berroqueña. Esto parece indicar haber existido en aquel terreno, próximo al río Guadarrama, algún poblado romano. Dato adquirido al publicar el presente opúsculo.

dispusimos y realizamos ambos inseparables repetidas correrías que sería prolijo enumerar.

Gran parte de la provincia anduvimos hasta que se acercó el curso académico del 79 al 80, y suspendimos nuestra vida nómada.

De cuanto examinamos, con más exactitud que yo os darán cuenta los *Diccionarios* de Madoz y Miñano, *Crónica* de nuestra provincia, por Mariátegui, y algunas obras más.

De cada pueblo oímos respetables tradiciones: celebramos su conservación íntegra por los naturales hasta hoy, y les incitamos á que perseveren en tan buenas costumbres, refiriéndolas á sus hijos cual las aprendieron de sus ascendientes. No interesan á la Historia Nacional, pero sí á la particular: por esto aplaudimos sin reservas todas y cada una de tan bonitas narraciones.

VII.

¡El año 80!.. Año de inextinguibles recuerdos para mi familia y para mí.

En Junio de este año terminé la carrera de Medicina, habiendo hecho los ejercicios para obtener el grado de licenciado en los días 21 y 22 del mes de Septiembre, siendo *per misericordiam Dei* elevado inmerecidamente, por mis sabios profesores, á la categoría oficial de discípulo de Hipócrates y Galeno.

Los sacrificios de mis padres y hermanos, y aún los míos, se veían en aquella fecha coronados por el éxito.

La numerosa familia de nuestro apellido que ya contaba con Padres franciscanos, sacerdotes, abadesas, profesores en Alcalá, abogados, militares de renombre en España y las Antillas, peritos agrónomos, organizadas en el palacio de Aranjuez, marinos ilustres, maestros de

obras, libreros y artistas, establecidos en diversas villas de la provincia de Toledo, entre ellos Ceferino Díaz Moraleda, cerámico toledano, restaurador de la Puerta del Sol de su ciudad natal, incluyó desde la mencionada fecha un médico cirujano.

¡Cuántas privaciones, cuántas amarguras devoré en silencio desde la niñez hasta lograr la terminación de la carrera!

Solía contrarrestar unas y otras, como va apuntado, verificando escapatorias á sitios de grandes recuerdos, cual los dichos, y á la antigua Complutum. *Alkaalá*, donde examiné detenidamente el sepulcro del Cardenal Cisneros, en la iglesia del colegio Mayor de San Ildefonso, notable como el edificio en que radica; el palacio de los Arzobispos de Toledo; el Colegio del Rey, fundado por Felipe II; la iglesia Magistral, gótica, recuerdo de la Catedral Primada de España, más las monumentales construcciones erigidas en el Real

sitio de Aranjuez, sin omitir sus admirados jardines.

Terminada la vida estudiantil, había concluido la niñez y la juventud; con ambas el sosiego y despreocupación propios de la primera edad, edad en que cada belleza era un quitapesares.

Mis deseos de siempre, *los viajes*, había que suprimirlos, ó al menos, aminorarlos en número, duración y distancia, para entrar en el gran mundo y llenar los deberes del cargo social cuya investidura se me acababa de imponer.

No bien hubieron terminado los dulces y las felicitaciones por mi reválida, me ví solicitado para desempeñar la plaza de titular del pueblo de Nambroca por mis consanguíneos Francisco Moraleda y Bartolomé Cervantes y Moraleda, ambos vecinos y propietarios del mismo.

En él ejercí por espacio de veinte meses, amistado con todos los vecinos, honrándome al propio tiempo con la compañía de los PP. Dominicos, quienes pu-

sieron á mi disposición un caballo para trasladarme á Toledo cuando lo tuviera por conveniente.

De los peligros que durante mi existencia me han rodeado, ninguno tan terrible como el que en este pueblo expuso mi vida.

En Aranjuez, el día 1.º de Enero de 1875, me había despedido con violencia ciclópea el ferrocarril, logrando, después de medir el suelo, volver al estribo de un salto, sin novedad, llevando la capa y el paraguas. En el Alcázar de Toledo, corriendo por un salón, antes de iniciarse las obras de restauración, en 1866, de milagro no caí desde el cuerpo segundo hasta los subterráneos, por no haber pisos en el torreón del ángulo N. O. Al caminar hacia Valencia, en 1879, á las voces de ¡fuego!, salimos varios viajeros por las ventanillas del tren en marcha, hallándose éstas cerradas, pero abierto el cristal, yendo hasta la locomotora por el estribo, para hacer parar el tren: siempre

en estos graves peligros quedé por fortuna ileso.

En Nambroca, formando parte de curiosa cabalgata, que anualmente se celebra con el título de *La Cacería de Animas*, al correr una liebre al pie de la sierra de *Las dos Hermanas*, el caballo que yo escogiera dió de improviso un salto de carnero, lanzándome de la silla, y dejándome cogido á la crin y sin poder soltar el estribo izquierdo, el corcel furioso me arrastraba y... seguramente, el ángel de mi guarda hizo que en rápido movimiento del animal saliera mi pie del estribo, soltando entonces yo la crin y cayendo al suelo presa de conmoción tremenda.

Auxiliado por los compañeros volví pronto á la integridad cerebral, y montando en seguro cuadrúpedo, regresé magullado al pueblo.

Es costumbre rifar en la plaza del mismo las piezas que se cobran en la citada cacería.

Transcurridos expresados meses, vil

calumnia me hizo, por delicadeza, abandonar aquella población, trasladándome á Toledo: ¡nada más fácil que calumniar á un médico cirujano!..

Sabedor de mi regreso á esta capital nuestro amigo el párroco de San Pablo de los Montes, me invitó á que por vía de higiénico viaje me trasladara al mencionado pueblo como titular.

Acepté el nombramiento en semejantes condiciones, y en compañía de mi buen padre me dirigí al nuevo destino, pasando de Toledo á Gálvez por la carretera de Navahermosa. En Gálvez visité condiscípulos queridos que nos obsequiaron é hicieron ir á ver la casa-palacio de los duques de Frías, espaciosa, fortificada y capaz, por el horizonte que domina, de distraer la abstraída imaginación de los moradores.

Por camino vecinal, desde Gálvez, llegamos el mismo día al pueblo de Menasalbas — nombre árabe que significa Almenas Blancas — con casa-palacio de

los mencionados duques, y una fuente pública construída en tiempo de la República Española, por lo que la nominan los vecinos *La Fuente Republicana* ó *Nueva*.

Después de dar vuelta al indicado pueblo, continuamos por camino desigual y en gran parte abierto sobre roca, atravesando hermosas dehesas cuajadas de frondosa verdura y espeso monte, infinitos arroyos de agua fina, valles solitarios y medrosas cortaduras, hasta que, próxima la ocultación solar, dimos fin á nuestro viaje llegando por empinada cuesta á San Pablo de los Montes, en la que nos aguardaba el Párroco.

Estábamos, pues, en los *Montes de Toledo*, en aquellos terribles lugares en que sólo habitan honrados explotadores y fabricantes de carbón vegetal, bandidos impertérritos y revolucionarios fugitivos.

Instalados en la posada del pueblo, fuimos recibiendo sucesivamente las visitas del alcalde, concejales, secretario, maes-

tro de niños y principales contribuyentes.

Tomé posesión de mi cargo oficial y...
á recetar.

Las calles de San Pablo son desniveladas, y para cruzar de un barrio á otro existen puentes formados de piedras colosales, por debajo de los que se deslizan caudalosos arroyos de agua cristalina y fresca.

Ratos de ocio nos proporcionaron la satisfacción de conversar con un anciano venerable, Mariano Fuentes, íntimo amigo del desgraciado General Prim, quien nos refirió, con los ojos arrasados de lágrimas, escenas conmovedoras habidas en vida de aquel caudillo en su posesión de los Montes de Toledo.

En unión del referido sampableño—ágil cual pequeño cervatillo—examinamos en tardes distintas las hermosas canteras de mármol negro y veteadas que en cerros próximos existen, la frondosa alameda, lugar delicioso con embelesadora fuente y, por último, las ruinas del mo-

nasterio de PP. Agustinos, en cuyo templo veneraron, hasta la exclaustración, la imagen sagrada de María Santísima, aparecida en aquellos cerros al pastor Magdaleno, en 1262, y conocida, por frases que la Virgen pronunciara, con el título de *Nuestra Señora de Gracia*.

La historia de esta santa imagen—del tiempo del Imperio de Roma—está consignada en la obra *Glorias Religiosas de España*, de Moreno Cebada, hecha en Barcelona en 1867.

Desagradables nuevas, referentes al estado de salud de mi virtuosa madre, de aquélla que inclinara nuestro corazón hacia Dios desde la niñez, fueron causa repentina de que con premura abandonáramos tan pintorescos sitios, cuyo paisaje en conjunto bien puede llamarse la «Suiza de Castilla.»

Despedidos del vecindario al poco tiempo de nuestra llegada, tornamos á Toledo, recorriendo el camino mismo que cité poco há, y al llegar á nuestro domi-

cilio, la paciente enferma, asiéndome de las manos, me dijo: *mira, no quiero que te vuelvas á marchar; cáste soldado, y por que no fueras al servicio dimos el dinero; con que ahora no nos dejes más.*

Al oírla lloramos todos, y sin replicar ni una sola palabra decidí instalarme en la capital en que había crecido.

Ya repuesta la anciana coautora de mi existencia, supo mi resolución, y dió principio para la familia una nueva era de relativos goces: los goces que la *fuerza de la sangre* engendra, como dijo Cervantes.

Entre ellos, la visita de enfermos y la ordenación de algunos folletos relativos á *vejezes toledanas*, corrió el tiempo. (1)

VIII.

En 1886, la necesidad, con imperiosa exigencia, obligó á la familia á disponer

(1) Mi hermano Natalio era ya Beneficiado Mozárabe, por oposición, desde 1851; por consiguiente, con más facilidad podíamos satisfacer nuestro gusto de viajar.

un viaje á las Provincias Vascongadas, á la hermosa tierra euskara, patria del gran Ignacio de Loyola.

Precisaba tomar las aguas azoadas de Urberuaga de Ubilla, y allí nos dirigimos los tres hermanos, haciendo escala en distintos puntos.

La primera fué en la ciudad de Avila de los Caballeros, la de antiguos y bien conservados muros, con catedral de los siglos XI y XII, elevada sobre otra de la época visigoda, y edificios como el Alcázar, Santiago, San Pedro, San Vicente, San Juan, San Segundo de Río Adaja, conventos como los de Santo Tomás y de Santa Teresa de Jesús, sin olvidar la capilla de Mosén Rubí y la ermita de Sonsoles, el palacio del Conde de Polentinos y puerta de San Vicente.

Junto á sus murallas afirma la tradición que tuvo lugar el hecho de deshonorar la estatua de don Enrique IV.

A distancia, tren en marcha, vimos la villa de Arévalo, que conserva anti-

guos trozos de murallas, la cual hizonos recordar los interminables pugilatos habidos en tiempo del emperador don Carlos I con motivo de la cesión de la expresada villa á doña Germana Foix, segunda esposa de don Fernando el Católico.

En progresión ascendente llegamos á Medina del Campo, población de importancia en diferentes conceptos, como las antedichas.

En ella falleció la magnánima doña Isabel I, la Católica. Cual crecido barrio de la ciudad de Toledo, en la Edad Media, Medina del Campo fué incendiada en 1520 por los imperiales.

Su castillo de la Mota, situado al Oriente, aún ostenta vestigios de notable opulencia.

Tras breve estancia, caminamos de nuevo á la ciudad de *Vallis Oliveti* ó *Valladolid*.

Fué corte desde 1600 á 1606.

En su plaza fué ajusticiado, en 1553, don Alvaro de Luna; en su recinto falle-

ció en 1506 el genovés Cristóbal Colón, y allí terminó sus días el célebre Alcalde Ronquillo, el que dispuso la muerte del Obispo Acuña.

Su catedral greco-romana, obra de Herrera y de Churriguera; Santa María la Antigua; San Martín; San Nicolás, fundación del Conde Ansúrez; San Miguel; Santiago; la Magdalena; San Pedro; San Lorenzo; San Esteban; San Juan; el Salvador; Santa Clara; Santa Isabel; Santa Catalina; San Pablo; Colegio de San Gregorio; Comendadoras de Santa Cruz; las Huelgas; la Universidad; notable Museo, y rica Biblioteca, merecen las visitas del hombre estudioso, así como su historia es digna de conocerse.

Reanudado el viaje, siempre en dirección al Norte, llegamos á la estación férrea de Villaquirán, en la cual vino á nuestra mente el recuerdo del monasterio de P.P. Benedictinos en que el humilde Wamba, lejos de la corte goda, hizo penitencia por espacio de algún tiempo,

hasta su óbito. Desde aquel convento fué traído á Toledo.

Un compañero de viaje nos refirió, entre Villaquirán y Burgos, la leyenda más popular de Castilla la Vieja, titulada *El Caballero de Olmedo*.

«Cuéntase que en el siglo XV, don Juan de Maldonado, conocido por el epígrafe de la leyenda, se enamoró perdidamente de una viuda joven y rica, de nombre Ana, quien le exigió, para corresponder á sus amores, que el río Adaja había de pasar por Medina del Campo.

El caballero invirtió crecidas sumas en variar el cauce del citado río, realizando lo que la dama le exigiera como imposible.

Comprometida doña Ana con don Juan de Maldonado, y contrariada por su fiel paje Fernando; accedió á los deseos de éste, citando al caballero de Olmedo á su jardín, una noche en la que el paje, prevenido, trabó lucha con don Juan hasta darle muerte.

A las voces del herido y los silbidos

del paje victorioso, acudieron los criados y el ama de llaves de doña Ana, á quien llamaban Marta, quien al ver á don Juan muerto por su mismo hijo, hijo natural también de aquélla, se desmayó.

El paje sepultó en el jardín al de Olmedo, y huyó sin que se volviera á tener de él noticia; doña Ana se encerró en un convento, y el río Adaja dicen que tornó á su antiguo cauce, por haber inutilizado el nuevo el demonio.»

En el viaje que vengo apuntando, una de las paradas más agradables fué la verificada para visitar la ciudad de Burgos, patria del Cid Campeador, de quien el rey don Alfonso XII recibió algunos restos que se donaron á la capital en que naciera el mencionado héroe castellano, cuya existencia han debatido soñadores críticos modernos. (1)

(1) El sabio historiador y diligente erudito don Francisco M. Tubino, ha escrito un precioso folleto sobre la devolución de los restos del Cid á España, en cuyo acto, de gran patriotismo y sordos conocimientos, le cupo la mejor parte al sabio mencionado.

Su templo catedral, de estilo gótico, con admirables torres; la iglesia de Santa Agueda—antes Santa Gadea—donde don Rodrigo Díaz de Vivar tomó juramento á don Alfonso VI; el Arco de Santa María y el de Fernán-González; el Solar del Cid; el mausoleo de *El Empecinado*; la Cartuja; las Huelgas; el Hospital del Rey; la parroquia de San Esteban, todos son muestras de la civilización de generaciones pasadas ó sitios de inmortales recuerdos patrios.

Del universal *Papa-moscas* de la catedral de Burgos, oímos á nuestro *guía* la siguiente *leyenda*:

«El rey don Enrique III, hallándose un día en la catedral, observó que una hermosa joven, con reverencia suma, oraba próxima al sepulcro del Cid, y prendado de sus atractivos, volvió á la iglesia en mañanas sucesivas, encontrando en ella á la expresada joven.

Las miradas se cruzaron, y sus corazones latieron; el rey, disfrazado, la siguió

al abandonar la casa de Dios, y habiendo la doncella dejado caer un pañuelo, tuvo ocasión el monarca para alzarle y entregarla, no el que cayera, sino otro que de intento llevara prevenido con escrito entre sus pliegues.

La dama se alejó sonrojada y llorosa, y no se volvieron á ver.

Transcurrido algún tiempo, y hallándose don Enrique de caza, estuvo á punto de perecer, acosado por lobos carniceros, que hirió con su puñal; acto que no pudo ejecutar con otro más apartado que á él se dirigía por habersele hecho un disparo con arma de fuego, por la espalda del rey. Al volver éste la cabeza vió á la llorosa joven, cuyo pañuelo cambiara en la catedral, con arma al brazo, siendo su libertadora en aquel trance.

Intentó don Enrique acercársele una vez reconocida, y ésta, dando gritos y verificando contracciones con todos sus miembros, pronunció algunas palabras y murió apretando en las manos el pañuelo del rey.

En memoria de aquel singular acontecimiento, mandó (el que para comer, empañara cierto día su gabán) construir el mónstruo *Papa-moscas*, que imitaba los gestos y contracciones del fantasma.»

Sin otra detención en la línea, entramos en las Provincias Vascongadas, viendo de paso Vitoria, ciudad de grandes recuerdos, por haberse librado en su término la última batalla de la memorable guerra de la Independencia.

Esta ciudad fué fundada por el rey godo Leovigildo, con el nombre de *Victoriaco*.

Deben visitarse en ella la catedral de Santa María, del siglo XIV, reformada; la parroquia de San Vicente; el convento de Santo Domingo, fundación del Santo del mismo nombre; la parroquia de San Miguel, en su ábside, al exterior, en donde se ve el lugar que hasta mediados de nuestro siglo ocupó el tradicional *Cuchillo Vitoriano*, delante del que los representantes del pueblo juraban hacer jus-

ticia, bajo pena de ser decapitados; la casa de la familia de los Alavas, y la del Cordón, más otra de la calle de la Cuchillería, también notable.

Con el fin de dirigirnos á Urberuaga, dejamos el tren en Zumárraga. En aquella población, atravesada por arroyo caudaloso, pasamos algunas horas visitando su templo, plaza y jardines; todo nuevo á nuestra vista, no por ser nuevo, como lo era en realidad, sino por la notable diferencia que existe entre aquel país, aquellos edificios, aquellas costumbres, y las de nuestra zona, caracteres distintivos que comenzamos á traslucir á la salida del túnel de Pancorbo.

IX.

Viajar en ferrocarril, y de pronto abandonarlo para empaquetarse en una incómoda diligencia, es trasportarse en un momento á la época de nuestros abuelos.

Ciertamente que el terreno de las Provincias Vascongadas no se presta, por lo escabroso, á numerosas redes ferroviarias. Hoy ya tienen, sin embargo, camino de hierro desde Bilbao á Olacuenta, y desde Zumárraga á Elgoibar.

Cuando en 1886 las visitamos, no había esta última línea.

El país eúskaro, nunca dominado por extraños invasores, según confirma el *Canto de Lelo*: el país de la raza de los *vascos*—que significa *montañeses*,—causa la admiración de quien lo contempla.

Sus acantiladas montañas y valles; su exuberante vegetación de helechos, castaños, frutas, maíz y otras plantas; sus ríos y cascadas; sus carreteras y puentes; las costumbres patriarcales de sus moradores; sus tradiciones y leyendas; todo es agradable en extremo en aquella tierra de Juan de Urbietta, Churruca y tantos otros hijos ilustres.

¿Queréis conocer de verdad ese grupo de montañas y la vida y poesía de sus

habitantes? Pues hojead el *Romancero Alarés*, de Ricardo Becerro de Bengoa; cuanto yo pudiera deciros sería bosquejo insulso: creedme.

Poco he observado en esta tierra, y por lo mismo, poco puedo comunicaros.

Os decía que, descender del tren y acurrucarse en una diligencia, es cosa de otro tiempo.

Partir de Zumárraga en coche, tirado por dos *parejas* de bueyes, y ascender así el puerto de Albarda; ver al paso Placencia; Vergara, la ciudad del convenio, con sus hermosos barrios y Seminario en hermoso valle, que baña el Deva; Elgoibar, con su anchurosa iglesia moderna, su cementerio con portada ojival, su puente sobre el Deva, sus molinos harineros y fábricas; ascender al puerto del mismo nombre en el coche; descender desde la mencionada altura, poco menos que despeñados, hasta llegar por entre pedruscos y simas horrendas á Marquina de Echevarría, y después cruzar por Marquina

llegando á poco á Urberuaga de Ubilla, balneario justamente concurrido, es viaje de difícil descripción; precisa hacerle una vez para sentir emociones indecibles, todas agradables.

Todo bañista suele suspender un día la toma de *aguas azodas* y dedicarle á pequeña *gira*, para recorrer en coche, por inmejorable carretera, poblaciones próximas, situadas en la costa; y por bien empleado puede dar su dinero, por visitar Deva y Lequeitio, con sus hermosos palacios y templos del arte gótico, dignos unos y otros de capitales de consideración; Zarauz, Ondarroa, Motrico y algunos puertos más, de recuerdos históricos y paisaje encantador. *La Gruta de Lequeitio* es interesante.

Nosotros efectuamos *giras* á los puntos indicados, y quedamos satisfechos de ello.

En Urberuaga de Ubilla, después de firmar en el álbum *ad hoc* el informe pericial que es costumbre, leí ante varios

amigos y compañeros las siguientes seguidillas:

Puso Dios en el cielo
Astros brillantes,
Para estudio y encanto
De los mortales.

Dió color azulado
Al firmamento,
Y á las pintadas aves
Graciosos remos.

Sembró la vasta esfera
De erguidos montes,
De vistosa verdura,
Vegas y flores.

Y entre las maravillas
Por El creadas
¡Cuán notables las fuentes
Que de ázoe carga!

Dan sus claros raudales
Vida al enfermo:
¡Bendito el que las surte
Y habita el cielo!

Un sábado asistimos á la Salve en el convento de PP. Carmelitas de Marquina; allí conocimos y oímos predicar al célebre *Niño Mortara*, y vimos bailar el *zortzico*.

Terminada nuestra misión en el bal-

neario de Ubilla, regresamos por el accidentado camino antes recorrido, á la estación de Zumárraga, donde de nuevo tomamos el tren que cruzando túneles y encantadoras campiñas, nos condujo á la ciudad de San Sebastián; hermosa población, dotada de castillo, de buenos templos, anchurosos paseos, magnífico casino cerca del puerto, excelentes mercados y alimentos de primera calidad, en gran parte llevados de Castilla.

La Concha, ó sea el *paseo* semicircular que domina la playa de baños, es espaciosa; sus casetas para desnudarse y vestirse, cómodas y bonitas; pero repito de estos baños lo que de los de Valencia: necesitan de reformas para establecer la separación de los bañistas de distinto sexo, y evitar que las señoras, particularmente, se expongan á la vergüenza pública en traje de baño.

¿Qué español que visita la patria de Manterola no cruza la frontera para pisar suelo extranjero?

X.

Todos los hijos de esta hidalga nación recordamos seguramente al cruzar el *Bidasoa*, dejando atrás la *Isla de los Faisanes*, las tristes páginas que la ambición de un capitán de nuestro siglo grabó para siempre en la historia; pero los tiempos han cambiado, como suele decirse, y hoy los franceses recuerdan que son hermanos de raza, y nos ofrecen recíproco afecto con muestras ostensibles, de las que sólo quiero citar las benévolas acogidas dispensadas á las Estudiantinas españolas en 1878 y 79, la participación en las desgracias que los españoles hemos sufrido en fechas tan lúgubres como las que recuerdan las inundaciones de Murcia, los terremotos de Andalucía y la destrucción reciente de parte de una de las más antiguas poblaciones carpetanas: la villa de Consuegra.

Por eso los nietos de los héroes de la

guerra de la Independencia cruzamos la frontera pirenaica, sin rencores, deseosos de visitar un trozo de la patria de San Luis, en particular los palacios de Luis XIV y María Teresa, cerca del puerto de *San Juan de Luz*; los encantadores hoteles de *Biarritz* y el palacio de la española ex emperatriz Eugenia; la antigua *Bayona*, con su gótica basilica, su extenso puerto, sus castillos, sus angostas y torcidas calles, su *Grand Rue* y su templo del Espíritu Santo, del siglo XV, sus *Trapenses* y sus *Arrepentidas*.

En *Biarritz* nos refirió el guía la leyenda de *El Gabinete del Amor*. « Dos jóvenes enamorados, á quienes contrariaban los respectivos padres, allá cuando Dios quiso—lo que acontece con frecuencia—tomaron como punto de cita para celebrar sus *sesiones amorosas* una concavidad ó *gruta*, que las piedras forman en la costa, repitiéndolas indefinidamente, por ser en aquel entonces el lugar más apartado de la población.

Echábaseles de menos á uno y á otro, y jamás se pudo averiguar su paradero, hasta que una mañana los pescadores divisaron sus cadáveres flotando en las aguas del mar. Sorprendidos por fuertes olas, sucumbieron dentro de la *gruta*, desde entonces nominada con el expresivo título de *El Gabinete del Amor*.»

De *Bayona* recordamos, al recorrerla, el siguiente cantar, tan propio de nuestro país:

«Si quieres que arda Bayona
Prende fuego á su castillo,
Verás como *El Descado*
No firma ningun escrito.»

Aludiendo á la abdicación hecha por Fernando VII.

Nosotros hicimos esta escapatoria y nos congratulamos de ello.

Allí también recordamos lo que nuestra anciana madre nos dijera al despedirnos; *no volváis sin ir á Lourdes*. Aquella indicación era un mandato, y sin dar tiempo á vacilación alguna tomamos

asiento, en unión de otros españoles, en el tren de *Tolosa* de Francia, con billete hasta *Pau*.

En el camino, la velocidad de ferrocarril, la finura de los viajeros, las deferencias de que hicieron objeto á nuestra hermana, la línea de evónymus á derecha é izquierda de la vía, el trato de los empleados, la manera especial de entrar y salir los trenes de las estaciones, nos hicieron pensar que nos encontrábamos en provincia de nación cultivadora del progreso.

La campiña que se recorre desde *Bayona* á *Pau* es bonita, y alternan en ella los montes, las llanuras bien cuidadas, como poblaciones tipo de aseo, los *chalets* sobre pequeñas eminencias y algún riachuelo afluente del *La Nive* y *L'Adour* en Bayona y Pau; en esta provincia, campo de hazañas sin cuento, vimos el castillo del Duque de Guisa, si mal no recuerdo, maltrecho por las injurias de los siglos.

En *Pau*, acompañados de *cicerone*, ascendimos la empinada cuesta que desde la estación férrea conduce al casco urbano, y admiramos el aseo general que domina en pobladores y viviendas: la estética impera allí en toda manifestación.

Vimos en la inmensa *Plaze Royale* la *Statue de Henri IV*, rodeada de numerosa alameda. *La promenade du Midi* *Le grand Hotel Cassión* *L'Eglise ST Martin*, *L'Chateau de Henri IV*, rico museo de lapicería, pintura, orfebrería, etc., en el que admiramos también *Le Berceau de Henri, IV*; la elegante cama que ocupó doña Isabel II á su paso por aquella ciudad, y otros mil objetos. Tiene *Pau* otros edificios notables, entre los que deben incluirse la iglesia de Santiago, de estilo ojival.

Desde las alturas del castillo, aislado por ancho foso con jardines, divisamos las cumbres de la cordillera pirenaica blanqueadas por la nieve.

Horas después, previa la toma de billete, caminábamos en dirección á *Lourdes*.

El paisaje desde *Pau* á *Lourdes* varía notablemente, siendo la transición brusca y agradable, pues de atravesar vegas encantadoras se pasa á recorrer pendientes curvas abiertas en rocas acantiladas, por entre cuyas laderas corre el caudaloso y espumoso *Gabe*, bordeado de frondosa vegetación.

A la caída de la tarde llegamos á la estación de término, después de divisar á distancia el castillo que domina la población y algo del conjunto de aquélla, amén de las oscilantes luces del sencillo candelero colosal que en la *gruta* milagrosa ceba la fe de los creyentes.

XI.

La ornamentación exterior é interior de la Basílica de Nuestra Señora, en general, nos agradó; ¡pero vamos *tan mal educados* los que en Toledo vivimos, que, recordando nuestra catedral, todo nos es deficiente!

El altar mayor es monísimo en extremo. Lo que en él nos desagradó, como punto saliente, fué el colorido chillón que ya habíamos observado en otros presbiterios franceses: ¡qué manía de pintar de encarnado lugares tan respetables!.. ¿Si lo harán los ilustrados convecinos con intento simbólico?

Admiramos numerosas banderas y estandartes que penden de ojivas y cornisas, más los infinitos exvotos allí depositados.

Al salir del templo, antes de pasar á la *cripta*, contemplamos de nuevo, como á la llegada, la monumental estatua del Apostól San Pedro, de excelente ejecución, ingresando acto seguido en el departamento *cripta*, de bóveda achatada y columnas relativamente gruesas. Resulta pequeña para contener parte de numerosas peregrinaciones, mas como está dotada de bastantes altares y confesonarios, puede con facilidad renovarse el número de fieles.

El sol, contrariando nuestro santo de

seo, tuvo la ocurrencia de traspasar el horizonte, y con poca luz abandonamos aquel lugar que nos conmovía y embelesaba con su elocuencia muda, su soledad y sus misteriosos tintes crepusculares.

Encaminámonos acto seguido á la *gruta*, descendiendo por la angulosa pendiente convertida á trozos en bosque y jardín.

Al dar vista en la margen izquierda del Gabe á las quebradas rocas que forman la antigua *Grotte de Massabielle*— hoy de *Lourdes*— donde las indudables apariciones tuvieron lugar, con frío intenso en el cuerpo, turbación en la inteligencia y dificultad en la pronunciación, caímos sobre el suelo de rodillas, los tres hermanos al mismo tiempo, después de mirarnos sobrecogidos; alzamos la vista deslumbrados por el sinnúmero de luces del monumental candelero-araña, y al resplandor vimos colocada en la hornacina de piedra, que parece construída *ad hoc*, la estatua de la Virgen María con un nimbo que tie-

ne las palabras *Je suis l'Inmaculée Conception*. En aquel lugar estuvo la Madre de Dios.

Allí había orado Bernardette; allí orábamos nosotros entre cristianos de lejanos países.

La gruta es anchurosa, y hoy cubren su bóveda en gran extensión exvotos de todo género.

La roca es de mármol negro, y al pie de la hornacina de la Virgen se ve un sencillo rosal.

Una verja de hierro cierra el perímetro de la cueva, teniendo á la derecha del espectador un púlpito.

La plazoleta que existe entre la *Gruta* y el río *Gave*, día y noche está ocupada por católicos fervientes.

A la izquierda del visitante (derecha de la *Gruta*) existe una caseta, donde se expenden rosarios, medallas, fotografías, estampas y libritos históricos de *Nuestra Señora de Lourdes*: cuantos recuerdos de este género se adquieran conviene tomar-

los en la mencionada caseta, pues los vendedores situados en la vía existente entre la estación y la plaza de la Coronación, por lo general son judíos.

Muy entrada la noche, ya que hubimos dirigido al cielo las plegarias salutorias del Rosario y examinado con espíritu religioso el teatro de escenas conmovedoras, regresamos á nuestro domicilio, habiendo bebido grandes cantidades del agua de la fuente milagrosa, que por cierto es fina y agradable al paladar.

Al siguiente día, madrugando, tornamos á la *Basílica y cripta*, en la que nuestro hermano sacerdote celebró el Santo Sacrificio, en el altar de San José.

Descendimos luego por una de las rampas del frente de la *Basílica* para ver de cerca las obras de la nueva iglesia del Rosario, alzada al pie de la primera, visitando nuevamente la *Gruta*, y adquiriendo botes de hoja de lata bien dispuestos, llenos de agua de la indicada fuente, despedimos de la tierra de la feliz Ber-

nardita, tomando el *agua de chocolate* en el hotel y encaminándonos á la estación férrea.

El tren ascendente no se hizo esperar, y acomodándonos en uno de sus carruajes de *tercera* clase—equivalentes á los de *primera* en nuestra nación—sin deteni- miento ni accidente alguno, regresamos á *Bayona*, donde esperamos hasta las cinco de la tarde, hora en que habíamos de partir para España. El tiempo de la parada le invertimos en visitar la anchurosa *ría*, las iglesias y los comercios.

En nuestro pequeño viaje procuramos hablar en francés, mas los naturales, conociendo el acento español, hablaban nuestro idioma—aunque algo gangoso—y preferíamos el propio al extraño.

Llegada la hora, tomamos billete para regresar á San Sebastián, donde llegamos de noche, después de cruzar la Aduana y algunos túneles.

Volvimos á bañarnos, en tardes sucesivas, en la playa de la Concha; visitamos

su isla de Santa Clara—que me recordó la de Monte-Cristo de Marsella—su cementerio, artísticamente cuidado; adquirimos medallas que allí se expenden y que en un lado tienen un dibujo de la Concha en conjunto y en otro la leyenda *Recuerdo de mi estancia en San Sebastian*, y, previo aviso telegráfico á nuestros padres, emprendimos la marcha de vuelta al hogar. ¡Qué carruajes de segunda! ¡Qué empleados tan poco amables! ¡Que retrasos tan injustificados!

Mientras semejantes conceptos nos decíamos con frecuencia los compañeros de viaje unos á otros, con relación al material, personal y marcha de nuestros trenes, llegamos á la corte.

De Madrid á Toledo nos trasladamos en tres horas, hallando á nuestros ancianos padres anonadados: la ausencia simultánea de los tres hijos les deterioró, recobrando lentamente su habitual salud al escuchar nuestras inesperadas narraciones.

XII.

A partir de aquella fecha, visitando enfermos y ordenando apuntes para folletos toledanos, corrieron los meses desde el año 86 hasta el 87, en que decidí tomar compañera para el resto de mis días, *Deo volente*.

Los pueblos de la provincia de Toledo son, por lo común, devotos de la Virgen del Rosario, y esta circunstancia exige de tradición en ellos extraordinarias fiestas religiosas y populares, entre ellas *los toros*.

A unas y otras es costumbre ir en coches ó á caballo desde la capital, con preferencia á los pueblos de Argés y Layos, Mocejón y Ollas del Rey.

Pues bien; al ir el año dicho á los toros de Layos—pueblo que ya existía en la dominación de los idólatras césares, á juzgar por frogones de aquel tiempo, y por sus sepulcros hispano-romanos allí

descubiertos en 1627 y 1654—asistí en consulta á un enfermo, entrado en edad, que padecía mortal dispepsia; y en aquella consulta quedó también concertado mi matrimonio. El enfermo se trocó en mi padre político y la hija menor en mi esposa.

En Enero del 88 se celebró nuestro enlace en la iglesia de Santa Leocadia, de Toledo,—donde don Alfonso VI se unió á Zayda—viviendo todos reunidos en la paternal morada.

A los pocos meses, mi buen padre enfermó, siendo su dolencia de tal importancia, que, celebrada consulta con el especialista de las vías urinarias, doctor Suender, el cirujano doctor Gallardo y el autor de estas líneas, convinimos en que era inoperable la lesión, hija de la edad.

Cuando se preparaba á saborear el fruto de su celo y honradez; cuando sus hijos le hicieron abandonar sus ocupaciones, á fin de no mermar sus ya escasas fuerzas orgánicas, cruel enfermedad le

llevó al sepulcro, recibiendo todos los auxilios espirituales. Finó sus días el 25 de Octubre del 89. *¡Beati mortui qui in Domino moriuntur!*

El retraimiento por el luto consiguiendo, las obligaciones domésticas y algún trabajo recreativo, ocuparon desde aquella fecha la atención de la que por nueve meses me llevara en su seno, hasta que en Abril del 91, perdió su salud para no recobrarla. El día 10 de Mayo entregó su espíritu, con toda resignación y esperanza de dicha eterna. Oyó siempre la palabra de Dios y la guardó. ¡Dios la tenga en el cielo!

Huérfana de padre, desde joven, premió sus virtudes el Municipio y pueblo de la villa de Orgaz, encargándola de la educación de las niñas, misión que abandonó al trasladarse á Toledo.

.....

Quando el dolor hiere los corazones, ni los viajes, ni la posición, ni la sencilla hermosura del campo con sus infinitos

atractivos, ni los fulgores de las argentadas lumbreras, ni los conciertos ácreos que verifican las parleras aves, ni objeto alguno, contrarresta su depresiva influencia. Sólo la resignación cristiana, sólo las tres virtudes *fe, esperanza y caridad* aminoran paulatinamente llagas tan refractarias á toda otra medicina.

Orar, pues, me precisa por ahora por los que me dieron el ser. A ello me apresto olvidando mi afición á viajar.

Si Dios me lo permite, más adelante apuntaré curiosidades de cuanto observe. Entre tanto perdoneme el lector lo censurable que lleven mis notas.



CORRECCIONES

PÁGINA	LÍNEA	LÉASE
67	8	La primera parada
73	17	cambiára á la salida de la catedral



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo